

Nací para enseñar: mi historia entre dos mundos y un mismo corazón docente

Amelia Flores Urbano*

Cuando era niña, a veces reunía a varios amiguitos de ocho años, de la misma edad que yo, y jugaba a darles clases escribiendo sobre un pedazo viejo de lata color café que se encontraba clavado en un corral. Así empezó a nacer, en mi mente y en mi corazón, ese deseo de hablar con niños y sentir que podía darles algo de mí.

Los años pasaron y, de pronto, aquello que era un juego se convirtió en una oportunidad para hacer realidad mi nombre acompañado de la palabra maestra. No quise desaprovecharla, así que viajé a la ciudad para estudiar y convertirme en esa maestra que soñaba ser. Además, me fascinaba aprender cómo los niños aprendían, cómo se relacionaban y, cada vez que abría un libro, lo hacía con un profundo disfrute. Me nutría descubrir todo lo relacionado con la educación y sus procesos. Cuando llegó el momento de dar mis primeras clases como maestra practicante, me sentía importante, como si pudiera hacer pequeñas maravillas. A veces no sabía cuál era la forma correcta de hablarles a mis alumnos y comencé por descubrir que había niños con pocas ganas de aprender y desmotivados. Quise saber por qué; pero cuál fue mi asombro al darme cuenta de que había niños que lo único que deseaban era tener una mamá dedicada a ellos, recibir amor y atención. Entendí que el reto era grande, pero que para enfrentarlo se necesitaban dedicación y vocación.

Recuerdo que suavizaba mi voz, casi en susurro, para no asustar a los niños. Todos los días cargaba un paquete de libros; por si algo olvidaba, de inmediato buscaba entre mis cosas y encontraba la respuesta correcta, procurando siempre que mis clases fueran lo mejor posible.

Cuando por fin recibí mi primer grupo como maestra titular, era muy jovencita. Sentía un poco de miedo; era la primera vez que algo era mío y que debía cuidarlo con tanto esmero.

En aquel primer ciclo escolar me asignaron la comisión de Rincón de Lectura, y además sería su inauguración, por lo que preparé mi

primera obra de teatro, inspirada en un libro titulado *El caballo volador*, de princesas y reyes que surcaban el cielo. Les pedí a mis alumnos que leyéramos e interpretáramos a los personajes. Entre ellos y yo elaboramos los vestuarios con papel crepé y llevaron sus mejores ropas de fiesta. Llegó el día y, a pesar de ser la maestra, me sentía tan nerviosa como mis alumnos de cuarto grado. Mi primera gran satisfacción llegó cuando la obra terminó: en sus rostros brillaba la alegría y los aplausos llenaron la escuela. Algunos maestros me felicitaron y, en especial, la maestra Ángela, mirándome a los ojos, me dijo: “Felicidades, serás una gran maestra”. Sentí entonces que mis ojos se llenaban de lágrimas y reflexioné que ser maestra no era sólo enseñar lecciones, sino conectar con los niños, escucharlos y caminar a su lado. Fue un inicio que marcó mi vida profesional: supe que no sería fácil, pero también que lo amaba.

Después tuve que dejar esa primera escuela, ya que mi lugar debía ser ofertado en el proceso de cambios de los maestros con más antigüedad, y entonces comenzó mi andar por comunidades alejadas de la ciudad. Sin embargo, tuve la fortuna de encontrar maestras y maestros de quienes aprendí profundamente. Comprendí que no sólo se aprende de los libros, sino también de quienes ya han recorrido este camino. Los respetaba y aprendía mucho de ellos, especialmente de mi directora, la maestra Emma, una mujer de fortaleza admirable e inteligencia para guiar siempre en favor de los niños. En aquella comunidad escondida, donde muchos alumnos no tenían útiles escolares, ella gestionaba material gratuito para todos. Eso me llenaba de alegría.

Cada año cambiaba de comunidad con la esperanza de acercarme a casa, hasta que finalmente llegué a una escuela en un barrio de Guanajuato capital. Ya no caminaba largas distancias, pero aprendí a mediar conflictos, a recurrir al diálogo para evitar peleas entre los alumnos. Cada contexto me ofrecía nuevas lecciones y me permitía crecer.

Tiempo después, logré llegar a una escuela a cinco minutos de mi casa. Inicié el ciclo escolar con un grupo de quinto grado en un contexto muy distinto: niños abiertos al diálogo, sin pena al expresarse, con desayunos en casa y dinero para gastar. Era una realidad a la que no estaba acostumbrada.

Sin embargo, en la segunda semana del ciclo escolar, mi salud se quebró. A mediados de septiembre caí en cama, imposibilitada para trabajar. El especialista me dio una incapacidad por 28 días y, al entregarla, sentí que todo se derrumbaba: las mamás reclamaban mi ausencia, entrevistaban a mis superiores y exigían mi presencia, mientras yo apenas podía levantarme. Leía los mensajes desde dirección y lloraba, angustiada por no poder cumplir con mi labor. Cuando la incapacidad terminó, algunas mamás dijeron que no regresara o cerrarían la escuela. Me dolía no comprender la falta de empatía ante la vulnerabilidad del ser humano e incluso la de los maestros.

En ese momento difícil, mamás de mi grupo promovieron que las autoridades escolares solicitaran a mis alumnos que describieran mis clases, que apenas habían durado unas semanas. Cuando leí sus respuestas, lloré profundamente: “Mi maestra es la mejor”, “me trató con amor y respeto”, “me enseñó con paciencia”, “me hablaba bonito”... palabras que sanaron mi corazón. Comprendí entonces que los niños hablan desde su verdad, sin juicios, y que lo que sembramos en ellos permanece. Aprendí que los alumnos llevan a sus maestros en el corazón, para bien o para mal, y que nosotros decidimos cómo queremos ser recordados.

Me vi obligada a cambiar de centro de trabajo y llegué a una escuela reconocida en Guanajuato capital. Nuevamente sentí que empezaba desde cero, en un contexto con familias más estables económicamente y alumnos con mayores oportunidades.

Ahí comencé a trabajar con grupos de primaria alta. En una ocasión, junto con mi grupo de cuarto grado, fuimos invitados por Fabiola Colmenero a participar en *Reconéctate con tu Cultura*, presentando una obra que se transmitió internacionalmente en vivo a varios países del mundo. La escribí bajo el título “Donde los hombres se hacen dioses”, inspirada en lecturas de antropología y arqueología.

Mis alumnos se entregaron por completo. Recuerdo especialmente a un niño con problemas neurológicos que no podía hablar; un día, con gran esfuerzo, me dijo que quería ser un guerrero. Le pregunté cuál, apenas logré entenderle: un tigre. Aquel momento fue un regalo. El día de la presentación todos lucían impecables, llenos de emoción.

Verlos tan comprometidos, investigando, leyendo, actuando con pasión, fue una de las mayores satisfacciones de mi vida docente. Incluso fuimos invitados a una televisora y entrevistados en la revista digital *Equis Gente*.

Pero lo más valioso llegó cuando la mamá de aquel niño me dijo: “Maestra, gracias por creer en mi hijo; él creyó tanto que ahora habla mejor y ha empezado a leer”. Ese logro fue uno de los mayores regalos que la docencia me ha dado.

Hoy trabajo con niños de primer grado y acompaño su proceso de alfabetización. Sigo aprendiendo de ellos cada día.

Me gusta ser maestra. Soy una maestra feliz y creo profundamente que el humanismo es el centro de todo.

Por todo esto, y aunque a veces no sea fácil, soy maestra de corazón y desde mi convicción.

*Licenciada en Educación Primaria. Maestra en la Escuela Primaria “Ignacio Allende” 11DPR1769I de Guanajuato. Gto.

a_floresu@bcenog.edu.mx